

Fundamentos en humanidades
Universidad Nacional de San Luis
Año III- N° 1-2 (5-6/2002) / pp. 157- 175

Circuitos lógicos de la institución psicoanalítica La marca freudolacanianiana a 95 años de la primer disolución

Andrea Ferrero

Universidad Nacional de San Luis
e-mail: aferrero@unsl.edu.ar

Resumen

Este trabajo toma en consideración las condiciones estructurales de las instituciones psicoanalíticas y de las causas que operan en los procesos de fractura y disolución que tan habitualmente han sufrido.

Para ello, se realiza un análisis de la conformación y decurso de la primer institución psicoanalítica: la Sociedad de los Miércoles, -y su disolución por parte de Freud, en 1907-, en base a ejes fundamentales de la obra freudiana: la estructura del totemismo, el complejo paterno y el advenimiento de lo cultural en relación al super-yo.

Finalmente se aportan datos respecto del estado actual de las instituciones psicoanalíticas en Argentina.

Abstract

This paper takes in account the structural conditions of the psychoanalytical associations, so as the reasons that take part in its so often dissolution and breakup processes.

In this way, it is considered the creation and development of the first psychoanalytical association: the Wednesday's Society, and its dissolution held by Freud in 1907, through the concepts of totemic structuration, paternal complex, and the cultural arising up due to the super-ego.

Finally, current data of psychoanalytical associations in Argentina are included.

Palabras claves: psicoanálisis - instituciones psicoanalíticas - Sociedad de los Miércoles - totemismo - complejo paterno

Keys words: psychoanalysis - psychoanalytical associations - Wednesday's Society - totemism - paternal complex

Para un psicoanalista, el tema de las instituciones que construye y de las que suele formar parte, es una preocupación prácticamente insoslayable. Preocupación que además se vincula nodalmente con su praxis, ya que sabemos que la autorización del analista remite a sí mismo, -un analista se autoriza de sí mismo-, pero también de otros. Estos son los otros analistas frente a los cuales pondrá en juego su producción.

Y sin dudas, no es poco lo que se ha dicho ya sobre las instituciones de analistas. Lo mismo que las produce, lo mismo que hace que las produzcamos, nos hace escribir sobre ello.

En esta oportunidad quisiera poner el acento en las condiciones estructurales de la institución de psicoanalistas, y en los posibles efectos de identificación imaginaria a la hora de que la institución advenga. Advenir, no como referencia al hito cronológico del momento fundacional de una institución, sino más bien al pasaje lógico que allí se implica. Que una persona esté recostada en un diván y otra escuche detrás no significa necesariamente que allí haya análisis, y que un grupo de analistas se reúnan tampoco significa que haya allí institución de analistas. Ese pasaje lógico puede ser entendido como el efecto de un proceso, cuando las condiciones necesarias para ello se hacen presentes. Dichas condiciones se encuentran indisolublemente unidas a lo que podría ser considerado como ejes centrales: castración, identificación y transferencia.

Para avanzar en la relación entre estos ejes y la producción en la institución, e intentar caracterizar distintos modelos posibles de institución actualmente vigentes, retomaremos una vía de análisis que ya en otra oportunidad nos fuera de utilidad a la hora de pensar en la institución psicoanalítica (Ferrero, 1995), y que abreva en algunos de los llamados "textos sociales o culturales" de Freud. En ellos, Freud plantea el inicio de cualquier institución a la luz del surgimiento de la cultura, tratando por cierto de poner el acento en el pasaje, lógico, de la naturaleza a la cultura, análogamente a la antigua preocupación filosófica que implicaba el pasaje del caos al logos.

Desde esos textos, desde la interioridad de su entramado, es posible dar cuenta del devenir de la institución psicoanalítica, centrándonos en el destino de la llamada *Sociedad de los Miércoles* -primera institución formal de transmisión del psicoanálisis-.

Si seguimos la línea de escritura de *Totem y Tabú* pueden rastrearse allí dos preocupaciones centrales por parte de su autor. Una, más próxima a la línea antropológica, centrada en el origen del hombre y el surgimiento de la cultura, y otra, más puramente psicoanalítica, preocupada por el origen y desarrollo del psiquismo. Ambas instancias se anudan en una idea que atraviesa la totalidad del escrito, y que llevara a Freud a considerar otras vías de análisis y otros pensadores. La pregunta central aquí hará referencia a cuáles son los medios por los cuales se constituye la necesaria continuidad de la vida psíquica a lo largo de las sucesivas generaciones (Freud, 1913/1975a) (Wundt, 1909, 1912/1926).

Así, Freud retoma la teoría de Darwin sobre el estado social primitivo de la humanidad (Ritvo, 1990), sosteniendo que, al igual que los monos, el hombre también conformó pequeñas hordas, dentro de las cuales el macho más viejo y robusto era el único que podía acceder sexualmente a las hembras (Freud, 1913/1975a).

Darwin realiza un amplio desarrollo de este tema, vinculando poderío y sexualidad:

“Si cada macho se apropia de dos o más hembras, otros no podrán aparearse, los que naturalmente serán los individuos más débiles y de menos atractivos” (Darwin, 1872/1943, p. 282).

“Los hombres más fuertes y vigorosos -aquellos que mejor podían defender a sus familias y cazar más, los que estaban provistos de armas más perfectas y tenían mayores propiedades, y animales- lograrían criar mayor número de descendientes que los otros individuos de la tribu, más flojos y más pobres. No cabe duda tampoco que tales hombres pudieron escoger mejor a las mujeres de mayor atractivo” (Darwin 1872, p.760).

Retomando a Freud, sabemos que al llegar a la adultez, los machos jóvenes podrían competir con el macho jefe de la tribu. Si vencían obtenían el derecho de ocupar su lugar, de lo contrario -en caso de no haber perdido la vida-, eran expulsados y posiblemente fundaran sus propias tribus. Poco tiempo después de escribir *Totem y Tabú*, precisamente dos años después, Freud realiza el borrador

de un texto, considerado el XII de la metapsicología freudiana, al que titulara *Panorama de las neurosis de transferencia*, texto no incluido en sus *Obras completas*. Allí sugiere un destino diferente para los hijos varones:

“Esta segunda generación comienza con los hijos varones que el celoso padre primitivo no tolera. Hemos incluido en otro lado -Totem y Tabú- que los expulsa cuando han alcanzado la pubertad. Pero las experiencias psicoanalíticas advierten otra solución más cruel, es decir que los privaba de su virilidad, después de lo cual podían permanecer en la horda como inofensivos ayudantes de trabajo” (Freud, 1915/1990, p. 34).

Con un final u otro, lo que queda establecido es la exogamia, ante la imposibilidad de mantener relaciones sexuales con miembros de la misma horda. Instauración del totemismo mediante, la prohibición se trasladó a las relaciones sexuales entre los sujetos que compartieran un mismo totem. Finalmente, la unión de los hermanos frente al despótico tratamiento del padre concluyó en el asesinato de éste a manos de aquéllos, cosa que ninguno hubiera podido llevar a cabo por su cuenta.

Este episodio marca el fin de la horda paterna y el comienzo de una organización fraterna, en la que ninguno de sus miembros podía acceder a los beneficios anteriormente usufructuados por el padre. A su vez, la responsabilidad ante la muerte del padre aparece repartida entre todos los hermanos, al igual que la consciencia de culpabilidad.

Es posible apreciar, por tanto, cómo la estructura totémica operará al estilo de una garantía para las culturas primitivas, apostando a su mantenimiento. Como toda garantía, se sostiene en algunas exigencias, una de ellas es la del sacrificio ritual del animal totémico, y, la mayoría de las veces, su ingesta. De este modo se garantiza una identificación, tanto con el totem, como de los diferentes miembros entre sí, condición, decíamos, de mantenimiento de la estructura. La fiesta totémica, adquiere así su sentido en la posibilidad de hacer lo que habitualmente está prohibido:

“El psicoanálisis nos ha revelado que el animal totémico es realmente el sustituto del padre, y con ello armonizaba bien la contradicción de que estuviera prohibido matarlo en cualquier otro caso, y que su matanza se convirtiera en festividad; que se matara al animal y no obstante se lo llorara. La actitud ambivalente de sentimientos que caracteriza todavía hoy al com-

plejo paterno en nuestros niños, y prosigue a menudo en la vida de los adultos, se extendería también al animal totémico, sustituto del padre” (Freud, 1913/1994a, p. 143).

Es fácilmente observable aquí la marca de ambivalencia que la relación con el padre adquiere, ya que es un padre amado y admirado por sus hijos y al mismo tiempo odiado, por oponerse a sus exigencias sexuales y de poderío.

La muerte del padre abre la puerta a la consciencia de culpabilidad, generándose la instauración de los dos únicos hechos que serían considerados criminales: el asesinato y el incesto, desde ya, los ejes fundantes de la estructura edípica. De este modo, la introyección de la prohibición del incesto quitaba peso a la necesidad de concretar el parricidio, en tanto las mujeres deseadas, móvil fundamental de aquél, ya no eran accesibles desde el sujeto mismo. Este hecho se constituye en indicador del orden simbólico, de la constitución de una ley desde la cual la enunciación no podrá ya reducirse al enunciado de un discurso (Lacan, 1961/1999a). Podría considerarse que el éxito de esta operación se basó en el fracaso de su intención: ningún hermano debería ocupar el lugar del padre, de lo contrario nada habría cambiado. Ni el enunciado, ni el lugar de la enunciación.

Evidentemente, este compromiso fraterno constituye el origen tanto de las organizaciones sociales y de posteriores estructuraciones morales, como de la religión misma. Por ello, el pasaje de la horda paterna a la organización fraterna, o más aún, el acto de asesinato involucrado en él y asociado al posterior ejercicio de poder por parte de la fratria, nos permite interpretar el surgimiento y posterior destino de la llamada *Sociedad de los Miércoles*, convertida después en *Sociedad Psicoanalítica de Viena*, inicio de la *IPA, Asociación Psicoanalítica Internacional*.

Esta aproximación a lo allí sucedido se sustenta en la necesidad de la búsqueda de una marca. Marca que no sólo se instaura como efecto de estructura sobre cualquier institución, podríamos decir cualquier fratria, sino sobre la institución psicoanalítica en particular. Es por ello consideramos necesario recuperar dichas marcas, para intentar luego dar cuenta de qué es lo que se pone en acto en las instituciones psicoanalíticas actualmente existentes.

Según podemos leer en la Introducción de la actas de la *Sociedad de los Miércoles*, la actividad se centraba en: «... la lectura de trabajos, se hacían reseñas de libros y artículos de revistas, se discutían los temas más variados: biología, psicología animal, psiquiatría, sociología, mitología, religión, arte y literatura,

educación y criminología; incluso los experimentos psicogalvánicos y de asociación» (Nunberg & Federn, 1979, p. 14).

En 1924, Freud decía lo siguiente al referirse a esa etapa del psicoanálisis:

«Mi susceptibilidad ante la crítica fue disminuyendo conforme comprendí las razones interiores de su actitud. Poco a poco fue terminando también mi aislamiento. Al principio se reunió en Viena, a mi alrededor, un pequeño círculo de discípulos, y después de 1906 se supo que el psiquiatra de Zurich, E. Bleuler, su ayudante C.G. Jung, y otros médicos suizos se interesaban extraordinariamente por el psicoanálisis. Iniciadas las relaciones personales, los amigos de la naciente disciplina celebraron en 1908 una reunión en Salzburgo» (Freud, 1924/1994b, p. 45).

En este comentario, Freud muestra un pantallazo general y abreviado del tránsito del psicoanálisis desde la época de la mayor crítica hasta el inicio de su institucionalización formal, ya que la reunión de Salzburgo no es otra cosa que el primer congreso de psicoanálisis. El segundo que se realizó en Nuremberg en 1910, avanzó el proceso institucionalizante, constituyéndose la I.P.A., subdividida en instituciones locales.

Ese movimiento comenzó justamente con las reuniones de los miércoles, iniciadas a partir de 1902. Gran parte del curso de estas reuniones fue volcado a actas, cuyo registro comenzó en 1906, cuatro años después de iniciadas las reuniones. Dichas actas se extendieron como tales hasta 1915. Ese año Otto Rank dejó de tomarlas ya que debió prestar servicio en la 1º Guerra Mundial, y no fue reemplazado en dicha función. (Nunberg & Federn, 1979)

En 1914, esto es diez años antes del comentario anterior, se hace mención a las reuniones de los miércoles, pero aquí Freud había sido bastante más explícito:

“Desde 1902, se agruparon en derredor de mí cierto número de médicos jóvenes con el propósito expreso de aprender, ejercer y difundir el psicoanálisis. (...) Determinados días se hacían reuniones vespertinas en mi casa., se discutía siguiendo ciertas reglas y se buscaba una orientación en ese campo de estudios extrañamente nuevo, procurando interesar en él, a otros investigadores. (...) El pequeño círculo se amplió pronto, y en el curso de los años que siguieron cambió muchas veces de composición. (...) Yo podía estar satisfecho, y creo que lo hice todo para poner al alcance de los otros lo que sabía y había averiguado por mi experiencia. Sólo hubo dos cosas de mal presagio, que en definitiva terminaron por enajenarme inte-

riormente a ese círculo. No logré crear entre sus miembros esa armonía amistosa que debe reinar entre hombres empeñados a una misma y difícil tarea, ni tampoco ahogar las disputas por la prioridad a las que las condiciones del trabajo en común daban sobrada ocasión. (...) La autonomía de los trabajadores intelectuales, su temprana independencia del maestro, siempre son satisfactorias en lo psicológico; empero, ella beneficia a la ciencia sólo cuando esos trabajadores llenan ciertas condiciones personales, harto raras” (Freud, 1914/1996a, p. 24).

Al dejar Viena, en 1938, Freud confió las actas originales de las reuniones a Paul Federn, quien se desempeñaba como presidente de la asociación desde que Freud cayera enfermo. Poco antes de morir, Federn entregó las actas a Herman Nunberg con la intención de que fueran compiladas y editadas, propósito que éste llevara a cabo.

En relación a lo que comenzó a acontecer en dichas reuniones, Nunberg relata:

“A pesar de todas las dificultades, esos primeros seguidores de Freud no vacilaban en considerarse sus discípulos, y por un tiempo, trabajaron en armonía con él. Pero esa armonía no duraría mucho. Como en todo grupo humano, también aquí la ambivalencia comenzó a ejercer una influencia negativa. Tal vez ello explique el hecho de que algunos de esos hombres, a pesar de la atracción que en ellos ejercía la psicología profunda y su devoción a Freud, todavía tenían resistencias precisamente en relación con lo que, en forma consciente, estaban tratando de aprender” (Nunberg & Federn, 1979, p. 15).

El 22 de septiembre de 1907, obviamente ya advertido de estos efectos, Freud envió desde Roma una nota a la asociación para que, desde allí, fuera hecha llegar en forma de circular, a todos los miembros de la asociación, ante la proximidad del nuevo año de trabajo, al mes siguiente.

En dicha nota Freud anunciaba su intención de disolver la pequeña sociedad que se reunía en su casa los miércoles por la noche, para reconstruirla inmediatamente. Dicha disolución tenía la manifiesta intención de que algunos miembros pudieran alejarse del grupo sin que su renuncia pueda considerarse un acto inamistoso. En relación a aquellos miembros que no renovar su membresía ante el secretario de la sociedad, para entonces Otto Rank, antes del 1º de octubre, se estimaría que no deseaban seguir perteneciendo a la misma. El motivo para dichas circunstancias era atribuido por Freud a *“cambios naturales que se produ-*

cen en el curso de las relaciones humanas”, la “imposibilidad de asistir a las reuniones”, o, finalmente, “razones personales que lo aparten”. Quedaba clara la intención: “se le devuelve a cada uno su libertad de acción”. Proponía así mismo la repetición de ese procedimiento a intervalos regulares de tres años (Nunberg & Federn, 1979, p. 219).

Posiblemente, el hecho de que los discípulos de Freud se reunieran en torno a su saber, y a lo que seguramente se le adjudicara -fascinación, sumisión- debe haber generado en ellos ese doble vínculo al que Freud se refiere en términos de ambivalencia: por un lado admiración y amor, por el otro envidia y odio por no poder detentar la posición de poder en la que Freud se hallaba ubicado para ellos.

El lugar del maestro fue relacionado por el mismo Freud, por el rasgo de lo imposible, con el de gobernante y el de psicoanalista. Podríamos considerar aquí el lugar de padre, aunque en realidad, más que un simple agregado hace referencia al significativo del cual los otros tres son tributarios, ya que en su estructuración, indirectamente, se fundamentan. Y si hay algo de imposible en la identificación al padre, es acceder a su objeto. Recordemos simplemente el capítulo III del Yo y el Ello donde Freud enuncia la sentencia superyoica: “Así, como el padre debes ser, pero, así, como él no te está permitido ser, no puedes tener lo que él tiene”. Lamentablemente la traducción de López Ballesteros traduce ambas veces “debes”, perdiendo la diferencia de los dos términos que allí Freud utiliza –la conjugación en segunda persona de los verbos sollen y durfen-, y que estaría rescatada en la traducción de Amorrortu, apuntando a recuperar la noción absolutamente conflictiva que implica la identificación al padre (Freud, 1923/1975b, p. 301).

Vemos entonces cómo, la transferencia con el grupo, y fundamentalmente con Freud, era lo que posibilitaba el funcionamiento de la Sociedad. Pero, como Freud mismo lo aclarara en la mencionada carta, parte de esas transferencias se tomarían un obstáculo para tal funcionamiento, adviniendo en una situación que no escapó a intelección: el deterioro de la transferencia de trabajo.

Tanto la hostilidad en las relaciones personales, la rivalidad y las dificultades en cuanto a la producción intelectual no pueden ser consideradas como otra cosa que la consecuencia del particular posicionamiento que los integrantes del grupo tenían con respecto a su líder.

El lugar de Freud constituía la condición de posibilidad, pero al mismo tiempo, el mayor obstáculo. En ese sentido, quedaba dificultado el libre discurrir de las relaciones de poder dentro del grupo, al detentar el maestro una imaginaria om-

niscencia a los ojos de sus discípulos, y siendo el objeto hacia el cual se dirigía tanto la admiración como el odio.

Y si hay un acto, como hemos visto en estas referencias al totemismo, que condensa al amor y al odio, no es otro que el del asesinato. La hostilidad irrumpe inicialmente, y posibilita el asesinato; el amor entra en escena posteriormente al concretarse la deseada identificación con el padre. Sin lugar a dudas Freud debe haber advertido estos movimientos. Hijos que pretendían recuperar la "libertad perdida", que clamaban, al igual que en la horda paterna, por un indispensable estatuto de sujeto desde donde poder producir y ejercer el poder que cada lugar conlleva, y del cual posiblemente se sintieran privados.

Si bien Freud rechazaba la posibilidad de considerar como ficción al asesinato del padre, -acto inaugural de la humanidad-, ya que deseaba evitar que fuera entendido como mito, su lugar es claramente metafórico, en tanto genera efectos subjetivos. De ese modo, lo que cobra verdadera relevancia es la noción del significante que representa al padre, -tributario del devenir totémico-, más allá de sus características particulares y del hecho generacional (Freud, 1913/1975a; Lacan 1973).

El modo en el cual la institución psicoanalítica -*Sociedad de los Miércoles*- estaba estructurada impedía el avance del propio discurso psicoanalítico. Era necesario, por tanto, disolverla, para salvarla. Esta dimensión de muerte no es sino la referencia a la castración como instancia necesaria para el surgimiento de la vida, articulada al deseo. Es posible entonces apreciar que, en tanto organización social, la institución psicoanalítica, se basa en la estructura del totemismo y el pasaje de la horda primitiva a la horda fraterna, asesinato mediante. Este ciclo se renovará cada vez que un padre se deslice al lugar del ser de la ley en vez de constituirse en agente de su transmisión. Es necesario tener en cuenta el hecho de que la institución está, por efecto de su estructura, inevitablemente signada por el intento de restituir la completud perdida. La cuestión en todo caso es qué hacer con ello, cómo poder recuperar en la institución una reactualización de la castración -operación metafórica mediante- y no derivar en una alternancia metonímica entre las concentraciones de poder y las rupturas de la institución.

En este contexto recordemos lo que Freud enuncia con respecto a la fiesta totémica, esa posibilidad de generar una nueva legalidad:

"Un proceso como la eliminación del padre primordial por la banda de hermanos no podía menos que dejar huellas imperecederas en la historia de la

humanidad y procurarse expresión en formaciones sustitutivas...” (Freud, 1913/1994a, p. 156).

En ese texto, Freud apunta no sólo a la repetición del acto festivo que incluye al parricidio, sino que arroja luz sobre el lugar que él mismo encarnó en ese movimiento institucional:

“La satisfacción que ello produce hace que se introduzca la fiesta conmemorativa del banquete totémico, en la cual se levantan las restricciones de la obediencia de efecto retardado, y convierte en obligatorio renovar el crimen del parricidio en el sacrificio del animal totémico toda vez que lo adquirido en virtud de aquella hazaña, la apropiación de las cualidades del padre, amenaza desaparecer a consecuencia de los cambiantes influjos de la vida. Y no nos sorprenderá hallar que también el elemento del desafío del hijo varón, a menudo en los disfraces y por los rodeos más curiosos, vuelva a aflorar en las formaciones religiosas más tardías” (Freud, 1913/1994a, p. 147).

Ante el devenir de los hechos, Freud envió la carta; ejerciendo por sí mismo el movimiento que se imponía y que puede ser escuchado en su verdadera dimensión de acto. Él mismo nos recuerda que en la escena del sacrificio se halla presente el padre, en un doble sentido: como dios y como víctima del sacrificio; y que a su vez el totem es, en realidad, una sustitución del padre. Es posible así apreciar cómo la disolución de la institución propiciada por Freud queda ubicada en el lugar del asesinato, con la particularidad de que la horda fraterna, hasta ese momento, sólo había manifestado cierto disgusto, que Freud escuchó. A partir de ello, él desplegó ese acto tendiente no sólo al acotamiento del goce en juego, sino a lo que con ello se articula: el relanzamiento del sujeto hacia una posición deseante.

«Una fiesta es un exceso permitido, más bien obligatorio, la violación solemne de una prohibición. Los hombres no cometen esos excesos porque algún precepto los ponga de talante alegre, sino que el exceso mismo está en la esencia de la fiesta; el talante festivo es producido por la permisión de todo cuanto de ordinario está prohibido» (Freud, 1913/1994a, p. 142).

La carta, como vehículo de la disolución, legitima lo que en otras circunstancias podría ser censurado: abandonar la sociedad. Podría decirse también: renegar del totem, intentar el parricidio individualmente.

Faltaban casi diez años más, para que Freud planteara sus inquietudes acerca del funcionamiento de ciertos grupos orgánicos como la Iglesia y el Ejército, introduciendo la tesis central del proceso de identificación de cada individuo con una única imagen ideal soportada por el espejo que el otro -el líder-, representa. Especularidad de la alienación, ya que a lo que en realidad se apela, es al reflejo que para el otro implica el propio narcisismo (Freud, 1921/1975c).

La tematización hasta ahora realizada en torno a la estructura totémica y la constitución de los grupos humanos, nos permite comenzar a hilvanar estos hechos con el decurso de algunas de las instituciones psicoanalíticas más representativas, y sus fracturas.

El crecimiento de la *I.P.A.* -*Asociación Internacional de Psicoanálisis*- fue notable. Esta institución cuenta con filiales en gran cantidad de países, y se ha caracterizado por el acento puesto tanto en la formación teórica de sus afiliados, como en lo que podría considerarse la principal formación práctica de los mismos: el propio análisis. Ha tendido además a ser, en líneas generales, una institución abierta a diferentes líneas dentro del psicoanálisis. Sin embargo ha sido sumamente criticada por haber montado una estructura jerárquica sumamente rígida, jerarquías que no siempre se condecían con el lugar de maestro, sino, más de una vez, con el mero hecho de ir cumpliendo con los sucesivos pasos de la formación: básicamente la aprobación de seminarios y el riguroso cumplimiento de determinada cantidad de horas de análisis. La otra crítica fuerte de la cual ha sido objeto la transmisión realizada desde la *IPA* y sus filiales, es cierta desvirtuación de los principios básicos del psicoanálisis, por la cual, aún renegando de ello, se podría terminar proponiendo como objetivo del análisis tanto el fortalecimiento yoco como una más o menos sutil adaptación al medio.

Muchos fueron los factores que llevaron a Lacan a cuestionar dicha manera de transmitir el psicoanálisis, en los cuales no nos detendremos especialmente en esta oportunidad. Solamente destaquemos su interés en volver a llevar al centro del debate conceptos centrales como el de transferencia, que parecía, por ese entonces haber quedado reducida al intercambio vincular de emociones, unas propias de un Yo más sano -el del analista-, y otras de un Yo más débil -el del paciente. Lacan se dedicó arduamente en la década del 50 a trabajar, entre otras, nociones como ésta, junto con las de resistencia, relación de objeto, el problema del Yo, y el denominado "encuadre". En sus trabajos intentó dar cuenta de lo que consideraba un desvío con respecto a las enseñanzas freudianas. El retorno a ellas fue su lema, aportando, además, un elemento conceptual indispensable: la

teoría de la lingüística. Decimos indispensable, ya que si bien Freud no contaba con ella como herramienta epistemológica explícita, difícilmente podamos no pensar a la teoría del significante como la vía privilegiada para entender lo inconsciente que se manifestaba en los casos freudianos: desde el sueño de la inyección de Irma, hasta el Hombre de los Lobos y Signorelli o Aliquis, pasando por la estructura del chiste, y el rebus de la interpretación de los sueños.

Todo tiende a hacer suponer que la estructura institucional tan estricta que la *IPA* había constituido –y las consecuencias teórico-clínicas que acarrearía- no permitió cuestionamiento alguno. En ese sentido, se señala habitualmente que la ruptura de Lacan con la *IPA* –de donde fue excluido- tuvo el valor de denunciar el retroceso que la institución de analistas podría haber estado produciendo con respecto a las enseñanzas freudianas, y aún a la disolución por él propiciada. Es dable pensar que ante esta situación, fue el criterio de masa –y por tanto religioso-, el que se antepuso a lo que debería ser un discurso psicoanalítico, aquél que, precisamente, debería evitar los fenómenos identificatorios propios de la masa. (Lacan, 1964/1987, 1958/1999b).

Hemos visto la importancia de aquella primer disolución a principios del siglo pasado, en tanto permitió el surgimiento de la institución psicoanalítica, basada ahora en el propio deseo y su articulación a una ley –que no es otra que la de la castración-, y no en el sometimiento irremediable a un padre todopoderoso. Es por ello que decimos que al escribir esa carta, Freud puso fin al más allá del principio del placer que había irrumpido en el grupo, ejerciendo sobre sí mismo una operación de castración simbólica, –representada por la disolución de la Sociedad-. El producto obtenido fue sin dudas el de una institución psicoanalítica ubicada en el lugar de un valor surgido a posteriori de la castración –la ley del padre-, esto es: el falo en función simbólica.

Recordemos aquí que el llamado “padre terrible”, propio del segundo tiempo del complejo de Edipo según Lacan, –aquel de la horda primitiva, dueño de la ley y las mujeres-, deja lugar a una instancia posterior, en la cual da a su hijo la posibilidad de identificarse con él. El pasaje del ser al tener, –al cual Lacan otorgaría tanta importancia-, ya está explícitamente presente en un brevísimo texto freudiano de 1938, que escribiera poco antes de su muerte:

“ ‘Tener’ y ‘ser’ en el niño. El niño tiende a expresar el vínculo de objeto mediante la identificación: ‘yo soy el objeto’. El ‘tener’ es posterior, vuelve de contrachoque al ‘ser’ tras la pérdida del objeto. ‘El pecho es un pedazo

de mí, yo soy el pecho'. Luego, sólo: 'Yo lo tengo, es decir, yo no lo soy...'”
(Freud, 1938/1996b, p. 301).

Como era de esperar, este efecto de diferenciación fálica, en tanto movimiento donador del padre, trajo aires renovados a la institución. Vemos así cómo el pasaje lógico plasmado en la disolución no fue sin consecuencias: al año siguiente, precisamente el 15 de abril de 1908, la entidad formalizó su nombre. Ya no era el grupo de jóvenes que se reunía en torno a Freud; era ahora la *Sociedad Psicoanalítica de Viena*. Ese mismo año comenzó a formarse lo que luego se convertiría en una extensísima biblioteca. En abril de 1910, el crecimiento de la *Sociedad* hizo que las reuniones no pudieran ya realizarse en la casa de Freud, de modo que comenzaron a llevarse a cabo en el Colegio de Médicos (Jones, 1956/1976) (Gay, 1989).

En su *Presentación autobiográfica*, Freud ubica la disolución de la *Sociedad de los Miércoles* dentro de un momento especialmente importante para él y para el movimiento psicoanalítico.

“Para mí la historia del psicoanálisis se descompone en dos tramos, prescindiendo de la prehistoria catártica. En el primero, que se extendió desde 1895 - 6 hasta 1906 o 1907, yo estaba solo y debía hacer por mí mismo todo el trabajo. En el segundo tramo, desde los años mencionados en último término hasta hoy, fueron adquiriendo cada vez mayor significación las contribuciones de mis discípulos y colaboradores, de suerte que ahora, cuando una grave enfermedad me anuncia el final, puedo pensar con calma interior en el cese de mi labor” (Freud, 1924/1994b, p. 51).

Es significativo que en un texto donde se hace referencia al surgimiento de un nuevo orden institucional y al crecimiento intelectual de sus discípulos, Freud incluya, como un hecho asociado a ello, la finalización tanto de su rendimiento, como de su propia vida, independientemente de que ambos se hubieran prolongado en el tiempo.

Con la muerte del padre y su identificación con él a través de la fiesta totémica, se instaura un nuevo tiempo: la prohibición es justamente lo que da cabida al surgimiento del deseo. Y, a partir de allí, un espacio que será por siempre inaccesible a la consciencia del sujeto. Ya no es un padre, sino su nombre: el significante Nombre del Padre, lo que operará como función ordenadora del deseo en relación a la falta. (Lacan, 1957/1999c; 1973).

Innumerables escisiones ha habido dentro de las instituciones psicoanalíticas, desde aquel momento inaugural, pero son sin dudas estas dos, la freudiana del inicio y la lacaniana posterior, las que mayor impacto han tenido en el campo del psicoanálisis, la primera, por inaugural, la segunda, porque propicia el retorno a esa huella. Estas marcas deben evocar en nosotros el compromiso con una suerte de vigilancia epistemológica, en el sentido bachelardiano, estar advertidos de los efectos que las instituciones psicoanalíticas pueden generar como fenómeno de masa.

Este mismo compromiso es el que hoy nos anima para retomar la senda propuesta por Freud y Lacan, cuando podrían advertirse nuevamente diversas obturaciones del discurso del psicoanálisis, ahora en el campo lacaniano. La primera de ellas ha sido señalada como la posible omisión en parte de la producción post lacaniana de conceptos teóricos centrales en la obra del maestro francés. Este reclamo ha sido fundamentalmente dirigido hacia la lectura propuesta por Jacques-Alain Miller, yerno y comentador de Lacan, de la cual se dice, por ejemplo, que omite aspectos centrales de la construcción y atravesamiento del fantasma en análisis, tanto como la diferencia fundamental entre síntoma y sinthome, entre otros aspectos. Así mismo se han señalado groseros errores de traducción de las versiones "oficiales" de Seminarios lacanianos, -versiones aprobadas por Miller en tanto responsable testamentario de los mismos-, como por ejemplo la del Seminario XX, desde el error mismo de su título, al omitir una acentuación en el *Aun* que acalla la dimensión del *hay más todavía*, aún más del goce suplementario, del que el *Seminario* da cuenta. Más allá de la falta de rigurosidad teórica que se le atribuye a parte de la transmisión milleriana del psicoanálisis freudo-lacaniano, es indudable el hecho de que mantener sin publicar -ni ceder derechos para publicación- muchos de los Seminarios lacanianos, implica una suerte de apropiación -y por tanto represión-, de la obra del maestro francés, que pareciera exceder cualquier justificación testamentaria.

La otra gran crítica que ha recibido este sector del psicoanálisis lacaniano ha sido la creación de una macroestructura institucional, la *Asociación Mundial de Psicoanálisis*, cuyo representación en nuestro país está básicamente a cargo de la Escuela de Orientación Lacaniana, E.O.L.. La crítica se ha basado en que esta macro estructura no deja de evocar los ecos de la *IPA*, apuntando a generar un poder centralizado y verticalista, con una gran concentración de poder, -nada más lejos de los fundamentos que el psicoanálisis propicia, precisamente en su crítica a las estructuras religiosas y militares-. Estas presunciones parecieron en gran medida verse confirmadas por las -finalmente frustradas- negociaciones entre

Jacques-Alain Miller y Horacio Etchegoyen, por entonces presidente de la *IPA*, para -según se enunciara-, intentar unir esfuerzos y discursos frente a ese supuesto enemigo común que avanzó a paso firme a partir de los 90': las neurociencias.

Sin dudas no ha sido solamente éste el único movimiento que se ha generado dentro del campo psicoanalítico lacaniano, ya que un gran número de instituciones han adherido a la propuesta de funcionar por fuera de una estructura de poder centralizado, estructura que es vista como tributaria de un discurso amo. En un primer momento esas instituciones adhirieron al movimiento llamado *Lacanoamericano*, significante ofrecido por Lacan en sus conferencias de Caracas, para referirse a los lacanianos de América, aquellos que, decía, corren con la ventaja de estar más lejos de su persona, y por lo tanto de la fascinación que ésta producía en los psicoanalistas franceses. Desde 1998, estas instituciones han generado un nuevo espacio institucional llamado *Convergencia*, que implica básicamente una vinculación en red entre instituciones de analistas. Analistas latinoamericanos y europeos han realizado la propuesta de sostenerse a través de la transferencia de trabajo desabonada de la adherencia religiosa, ya que se funciona a partir de comisiones que se disuelven luego de haber cumplido su cometido, y no hay un poder central, ni jerarquías -más que las que implica el reconocimiento de un saber. Aunque esta red de trabajo posiblemente no esté exenta de "amorodios" ni de cierta cuota de pugna por el poder, el tipo de estructura en la que se sostiene tiende a operar como límite para los abusos consecuencia de la fascinación narcisítica.

Hemos visto cómo, si la institución psicoanalítica no logra disolver la transferencia que actúa allí como resistencia, difícilmente quede otro camino para esa institución que el de la disolución, -como lo demuestra la historia de las instituciones psicoanalíticas, jalonadas por permanentes rupturas-, o las recomposiciones cada vez más sintomáticas. El valor que la castración conlleva en la estructura de deseo, es lo que Freud desarrolló en la teoría, y se vio en la necesidad de ejercer en la práctica. La institución psicoanalítica -y no sólo un conglomerado de analistas-, difícilmente pueda arribar a buen puerto sin circulación de poder. Para que dicha circulación sea efectiva, el poder deberá estar sostenido por una legalidad que exceda la individualidad de cada uno de los miembros, sosteniendo por tanto la diferencia, y no apasionados juegos de identificaciones, de odios y amores.

Por ello proponíamos que si la transferencia posee una doble vertiente de necesidad y obstáculo, la identificación representa para la institución la misma

complejidad. El reconocimiento de un mismo maestro, los intereses comunes, la perspectiva de política institucional, todos ellos pueden ser factores propicios para montar allí procesos de idealización e identificación. Será deber de la institución reubicar esos movimientos de modo tal que puedan sostenerse en la textura del lazo social, anudado a la producción, y no a la repetición de estructuras al estilo de la iglesia o el ejército fundadas en la fascinación. En ese sentido la institución deberá estar permanentemente advertida sobre los riesgos que asuma y no ceder, en modo alguno, a la tentación de fomentar, aunque pueda enunciarse lo contrario, un conjunto cerrado, un juego de espejos que no puede conducir sino al desgaste y a la frustración.

Y si este debate nos compete es porque no creemos posible pensar a la institución solamente como un lugar donde ir a buscar -o a ofrecer- conocimiento, basado en la sola enunciación de la transferencia de trabajo. La institución va mucho más allá, ya que colaborará nodalmente a nuestra formación como analistas. Esa formación tendrá mucho que ver no sólo con el grado de rigurosidad de la transmisión, sino con la versión que esa institución se dé *en acto* respecto de la castración -falta indispensable desde donde sostener dicha transferencia de trabajo-. Por tanto, es dable pensar que no será sin efectos en nuestra formación como analistas, el tipo de institución en la cual decidamos formarnos. Es desde allí desde donde enunciábamos la importancia de estar advertidos -recordemos que la pasión de la ignorancia de la que Lacan habla no es precisamente la de los libros-, advertidos de los posibles efectos religiosos, de esos discursos del amo que tienden a surgir en nuestras instituciones -más o menos freudianas, kleinianas, lacanianas, etc-, atentando contra la posibilidad de proseguir el avance del discurso psicoanalítico.

Basándonos en los actos que tanto Freud como Lacan produjeran en ese sentido, deberíamos, por tanto, preguntarnos por la posición que en relación a esto tiene la institución de la cual formamos parte. Tal vez incluso sea nuestra obligación. Pero no para caer en la vertiente narcísica que implica esa suerte de fanatismo que más de una vez pareciera escucharse en nuestro medio, sino, simple y fundamentalmente, para no desentendernos del lugar desde donde hablamos como psicoanalistas. Es de la mayor importancia que sea ése el objeto que motive nuestra inquietud, y no la vana necesidad de defender una especie de bando, ya que de ser así estaremos degradando un necesario interés de cualquier analista, a una posición de rivalidad especular, absolutamente estéril. Como analistas, deberemos entonces recordar el sentido que Lacan diera a la institución como el cuarto -homónimas mediante- de la formación del analista, junto

con la formación teórica, el análisis personal y el de control. La institución será, por tanto, el lugar donde el analista pone en juego su falta, a través de la producción compartida con sus pares.

Si en algo puso el acento Freud, fue en el peso con que la cultura impacta en la estructura de la subjetividad, al mismo tiempo que la determina como efecto de lo inconsciente. Sujeto, cultura e inconsciente pasaron así a ser conceptos fundamentales de la humanidad moderna, conceptos unidos inevitablemente a la ausencia de garantías instintivas y a la falta de un objeto de deseo predeterminado. Es esperable que las instituciones psicoanalíticas hagan acto, en su constitución y funcionamiento, de ese circuito de deseo en torno a la falta de objeto. Cada intento de reforzamiento entre el yo narcisista y la imagen que posee de su objeto, será un nuevo desvío del sujeto en su camino hacia la irrupción de la verdad de lo inconsciente. Las renovadas tensiones de ese eje narcísico podrán montarse en diversa clase de escenas en los miembros de una institución: la lectura religiosa de la letra de los maestros, los juegos de rivalidades y fascinaciones, las concentraciones de poder, el condicionamiento en relación a la elección del analista, los efectos represivos en la lectura, o el fanatismo de la política institucional; pero al fin y al cabo, el efecto de sometimiento de la horda a un discurso amo - encarnado o no-, sería siempre el mismo. Intentar evitar esos efectos en la institución, esa también es nuestra función como analistas ♦

Referencias bibliográficas

Darwin, Ch. (1943) [Original: 1872]. *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*. Buenos Aires: Albatros.

Ferrero, A. (1995). La institución psicoanalítica: totemismo y parricidio. *Intercambios*, 1, segunda época, 26 - 31.

Freud, S (1975a) [Original: 1913]. *Totem und Tabu. Eine Übereinstimmungen im Seelenleben der Wilden un der Neurotiker*. En *Studienausgabe*, vol. 9, pp. 287-444. Frankfurt: Fischer Taschenbuch Verlag.

Freud, S. (1975b) [Original: 1923]. *Das Ich uns das Es*. En *Studienausgabe*, vol 3, pp. 273-330. Frankfurt: Fischer Taschenbuch Verlag.

Freud, S. (1975c) [Original: 1921]. *Massenpsychologie und Ich-Analyse*. En *Studienausgabe*, vol. 9, pp. 61-134. Frankfurt: Fischer Taschenbuch Verlag.

Freud, S. (1990) [Original: 1923]. *Panorama de las neurosis de transferencia*. En: *Intercambios en psicología, psicoanálisis, salud mental*, 4, 32-36.

Freud, S (1994a) [Original: 1913]. *Totem y Tabú* En *Obras Completas*, XIII, pp. 1-164. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1994b) [Original: 1924]. *Presentación autobiográfica*. En *Obras Completas*, XX, pp. 1-70. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1996a) [Original: 1914]. *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*. En *Obras Completas*, XIV, pp. 1-64 . Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1996b) [Original: 1938]. *Conclusiones, ideas y problemas*. En *Obras Completas*, XXIII, pp. 301-302. Buenos Aires: Amorrortu.

Gay, P. (1989). *Freud. Una vida de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Paidós.

Jones, E. (1976) [Original: 1956]. *Vida y obra de Sigmund Freud*. Buenos Aires: Hormé.

Lacan, J. (1973). *Seminario XXI: Los nombres del padre*. Versión mimeo.

Lacan, J. (1987) [Original: 1964]. *La excomuni3n*. En: *Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, pp. 9-21. Buenos Aires: Paid3s.

Lacan, J. (1999a) [Original: 1961]. *La m3taphore du sujet*. En *Écrits II*, pp.359-363. Éditions du Seuil: París.

Lacan, J. (1999b) [Original: 1958]. *La direction de la cure et les principes de son pouvoir*. En *Écrits II*, pp. 62-123. Éditions du Seuil: París.

Lacan, J. (1999c) [Original: 1957]. *L'instance de la lettre dans l'inconscient ou la raison depuis Freud*. En *Écrits I*, pp. 490-526. Éditions du Seuil: París.

Nunberg, H . & Federn, P. (1979) [Original: 1974]. *Las reuniones de los mi3rcoles*. *Actas de la Sociedad Psicoanal3tica de Viena, 1*. Buenos Aires: Nueva Visi3n.

Ritvo, L (1990). *Darwin's influence on Freud. A tale of two sciences*. New Haven - London, Yale University Press.

Wundt, W. (1909) *Volkerpsychologie. Eine Untersuchung der Entwicklungsgesetze von Sprache, Mythus und Sitte*. Leipzig, Wilhelm Engelman Verlag.

Wundt, W. (1926) [Original: 1912]. *Elementos de psicología de los pueblos*. Madrid: Daniel Jorro.